

MESA REDONDA: Imágenes contra el olvido y el silencio

A propósito de la muestra *Imágenes en la memoria*, de Gerardo Dell’Oro (Multiespacio Cultural UNGS, 20/3 al 26/4/2018)

I. Una historia en la que mirarse

Vi por primera vez las fotos que se exponen hoy en la UNGS hace algunos años, después de una recorrida con mis estudiantes de la universidad por el ex centro clandestino de detención de la ESMA (cuando todavía no existía el Museo de la Memoria). En esa época las visitas eran los días sábados, y duraban varias horas. El recorrido era a la vez interesante y agotador: imposible no salir conmovido después de caminar por ese edificio cargado con la memoria del horror. En cada sala, textos breves y algunos testimonios de sobrevivientes permitían reconstruir lo que había sucedido en cada sector del edificio, pero nuestros pasos resonaban en habitaciones vacías. El relato de nuestro guía, la información de los textos que habíamos leído y trabajado en clase, las imágenes de las películas y documentales sobre la dictadura que cada uno había visto en el pasado acudían en torbellino a nuestra memoria para tratar de dar sentido a aquello que veíamos, al suelo que pisábamos. Sin embargo, frente a nosotros se abría un abismo que nada podía colmar.

La muestra de Gerardo Dell’Oro se exponía en otro edificio de la Ex ESMA, el Centro Cultural Haroldo Conti. Allí las salas eran aún más grandes que en el ex Casino de oficiales donde había funcionado el Centro Clandestino de Detención, y también estaban despojadas. Sin embargo, otra era la sensación que dominaba al recorrerlas: desde las paredes, tres generaciones de una familia contaban su historia. Una historia dolorosa: marcada por la desaparición y por la muerte, pero una historia en la que nos podíamos mirar.

Acompañada por los pocos estudiantes que todavía tenían energía para continuar, caminé un largo rato entre las fotos de Gerardo y no me las olvidé más. Tiempo después, alguien me regaló una revista de fotografía en la que el ensayo *Imágenes en la memoria* se publicaba como dossier. Varias veces, en años posteriores, hice circular ese volumen entre mis alumnos cuando comenzábamos a hablar de la dictadura. Hoy, las fotos están colgadas en una sala del Multiespacio, y es un honor y un orgullo enorme

para mí que los estudiantes (y todos los que quieran venir a verla) puedan recorrer la muestra en nuestra universidad.

II. Album de familia

No todos tenemos un padre fotógrafo, como le tocó a Gerardo. Sin embargo, todos tenemos fotos de familia: a veces esas copias se apilan por montones en cajas o en álbumes más o menos organizados; otras son escasas, pequeños tesoros que sobreviven a mudanzas, viajes, inundaciones. El soporte de esas fotos es una marca fuerte de la época en que fueron tomadas: copias pequeñas en papel, con bordes dentados, en blanco y negro; diapositivas para las que casi nadie conserva ya un proyector adecuado; pequeños cuadrados descoloridos salidos de cámaras instantáneas; archivos jpg que se acumulan en las memorias de computadoras y celulares. Los motivos, en cambio, se suelen repetir de una época a otra: un bebé sonríe en brazos de su mamá; varios niños juegan juntos en el fondo de su casa; una pareja se besa con la libreta roja en la mano, o intercambia anillos, o entrelaza copas en el día de su casamiento; alguien sopla una velita rodeado por niños y grandes que cantan y aplauden; dos personas se miran o se abrazan, y sabemos que están enamoradas. Son imágenes que retratan los grandes hitos de la vida familiar: la llegada de los nuevos; las uniones; el paso del tiempo. Reconstruimos nuestra propia historia a través de esas imágenes; se la contamos a nuestras hijas e hijos. Son un legado.

Las fotos que reúne la muestra de Gerardo son un álbum de familia, de *su* familia: uno que comenzó su padre a medida que fueron naciendo sus hijos, y que continuó él, como adulto y fotógrafo profesional. En cierto sentido, son fotos íntimas, pero es justamente esa intimidad la que las vuelve cercanas para nosotros, aunque no conozcamos a quienes están retratados en las imágenes: todos tenemos fotos como esas; las sacamos, aparecemos en ellas.

Pero no es sólo esa familiaridad lo que nos interpela en las imágenes de Dell'Oro. La historia que se cuenta en ellas no es una historia privada. Es pública: es la de uno de los períodos más atroces de la sociedad argentina.

Patricia, la hermana de Gerardo, fue secuestrada por las fuerzas de seguridad en noviembre de 1976, junto con su marido, Ambrosio De Marco. Está desaparecida desde entonces. Las fotos de Gerardo nos cuentan su historia: la que vivió, desde que era una

bebé hasta que se convirtió en estudiante de Bellas Artes y conoció a su pareja, y también la que no pudo vivir: la de su hija Mariana, y de la hija de ésta, su nieta.

Patricia, Ambrosio, Mariana, Gerardo, sus padres, sus hermanas. Los dibujos de Patricia. El beso en el registro civil. La reunión familiar en un jardín de la provincia de Buenos Aires. De pronto el abismo se corre a un costado. La marca del horror no desaparece, pero podemos empezar a pensar de otro modo qué fue eso que llamamos terrorismo de Estado. Hay personas de carne y hueso, hay una casa, un jardín parecido a tantos otros; hay una narración en la que nos podemos reconocer.

III. Imágenes para recordar

Otra historia colectiva, más reciente, se cuenta en (y con) estas imágenes: hace algunos años la familia de Gerardo pudo al fin conocer al menos una parte de lo que pasó con Patricia y Ambrosio. En el marco del juicio contra Miguel Etchecolatz (Director de Investigaciones de la policía bonaerense durante la dictadura), Jorge Julio López, sobreviviente del Pozo de Arana, dio testimonio de lo que había visto y oído durante su cautiverio. Sus declaraciones fueron fundamentales para la condena del represor; también una pieza clave para la familia de Patricia, y sobre todo para su hija Mariana, que pudo gracias a ellas reconstruir una parte más de su historia personal.

La memoria de Jorge Julio López también está entre las fotos de Gerardo: aquella que muestra la letra temblorosa y los dibujos con los que registró sus recuerdos, quizás una de las imágenes más fuertes de la muestra.

Jorge Julio López sobrevivió a su detención en la dictadura, pero está hoy desaparecido. Desapareció (lo desaparecieron) el 18 de septiembre 2006, un día antes de que fuera conocida la sentencia que condenaba a Etchecolatz a prisión perpetua por las torturas y la muerte de Patricia, Ambrosio y otros militantes detenidos desaparecidos.

Tras muchos años de impunidad, la anulación de las leyes de punto final y obediencia debida en 2003 hizo posible la reapertura de los juicios que investigaron (y todavía investigan) los crímenes de la dictadura. En 2006, el primer juicio contra Etchecolatz llegaba a su fin, y con él la justicia para Patricia y Ambrosio, y para sus familiares, aunque ellos (y nosotros) seguimos sin saber dónde están las víctimas del Pozo de Arana.

Esos juicios nos permitieron a todos, como sociedad, conocer más sobre lo que pasó en la dictadura, pero sobre todo identificar y condenar a sus responsables. Afirmar, con el peso de la ley, nuestro rechazo colectivo a toda forma de terrorismo estatal. Los testimonios de los sobrevivientes –como López– fueron fundamentales en ese proceso. Todo lo que sabemos, es gracias a su memoria, y a sus palabras. Porque los represores no hablaron en el pasado, ni hablan hoy.

Por eso las imágenes de Gerardo son tan poderosas: son imágenes *en su* memoria, y en la de sus padres, hermanas y sobrina. Pero también son imágenes *para nuestra* memoria, la de todos.

Mariana Luzzi

20/3/2018